VIZCONDES Y MONTEROS

Raúl Romero Bartolomé

Vision Libros

VIZCONDES Y MONTEROS

VIZCONDES Y MONTEROS

Raúl Romero Bartolomé

Vision Libros

Vizcondes y Monteros
© Raúl Romero Bartolomé
© Editorial: Vision Libros
C/ San Ildefonso, 17, local, 28012, Madrid (España)
Tel: 0034 913117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Grupo Editor Vision Net S.L.

ISBN: 978–84–9983-852-6

Diseño base cubierta: Marian González

Maquetación: Noelia Carretero

Fotografía Portada:

Autor: Joaquín Muñoz Morillejo. Título: Antiguo café de Madrid.
Fecha: 1921. Descripción: Reverso, Tinta: " Antiguo Cafe de Madrid / Joaquin Muñoz Morillejo / Mayo 1921" Óleo sobre lienzo 30 x 41 cm.
Tipo de Documento: Pintura. Se encuentra en: Museo de Historia.
Num. Inventario: Inv. 1495

Fotografía Interior:

Título: Mujer lavando junto a un chamizo. Fecha: Ca. 1900.
Descripción: Papel fotográfico blanco y negro. 23 x 29 cm.
Tipo de Documento: Fotografías. Se encuentra en: Museo de Historia.
Num. Inventario: Inv.22792

Pedidos a: pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Mujer lavando junto a un chamizo
Ca. 1900
Papel fotográfico blanco y negro. 23 x 29 cm.
Museo de Historia de Madrid

I

Allá por el mes de octubre de 1978 llegué a España de la mano de PEMEX, para negociar contratos de suministro de crudo en toda Europa.

Mi nombre es Andrés Molina Lucientes, y mi propósito contarles una historia singular al hilo de la vida de mis ancestros de ambos lados del charco, desde los tiempos que recordaba la memoria de quienes conocí tanto allá como acá en el solar patrio, adonde llegué desandando el camino de mi abuelo.

En 1971, el pescador Reducindo Cantarell había informado al Gobierno mexicano de una mancha de aceite que brotaba del fondo del mar en la Sonda de Campeche.

Siete años después había dado comienzo la explotación de uno de los yacimientos marinos de crudo más grandes del mundo, y mi destino en España.

Hoy ronda ya mi edad los ochenta años, cuando ensucio estas páginas haciéndole un guiño al destino para que me permita terminarlas.

Nací en la ciudad de México en 1927, después de la marcha de Lupe Vélez a Hollywood para rodar "The Gaucho" con Douglas Fairbanks, cuando el cine aún era mudo.

Mi padre, Ricardo Molina y Pérez de Valderrábano, se iniciaba como fotógrafo y operador de montaje, y había vivido la ilusión de acompañar a Lupe a los Estados Unidos, pero aquel sueño no se hizo realidad, pues conservo algunos detalles de la vida de mi padre por boca de mi madre, incluido un asunto de faldas con Lupita.

Era mi padre, al parecer, un mozo muy agraciado, y la Lupe la actriz más temperamental y fogosa que conoció Hollywood. Ya se lo preguntaron a Gary Cooper y Johnny Weissmuller, y corrieron ríos de tinta por su causa.

Cómo la vería de chavita su madre, una afamada cantante de ópera, que la envió a San Antonio (Texas) en 1921, para ingresarla en un convento.

Y cómo la verían en el convento, que a poco tuvo que regresar a casa para trabajar en una tienda de ropa.

Pero muy pronto destacó como bailarina "descocada" del cabaret y el teatro, y allí parece que conoció a mi padre, que era tramoyista, y se encaprichó de él. Era una belleza salvaje, y menos mal que se la llevó Harold Roach para trabajar junto a Laurel y Hardy, porque si no, a mi padre lo hace un desgraciado, como a tantos otros.

Mi padre nació en Cuba cuando peor estaban las cosas con la declaración de independencia de la isla.

Y guardo también algunos retazos de la vida de mi abuelo Joaquín antes de cruzar el golfo, muy difusos todos ellos, porque la vida de mi padre, de rodaje en rodaje, no le permitió una presencia estable en nuestra casa.

Y cuando yo nací, se acabó para mi madre el seguir a mi padre donde quiera que fuera.

Y tuve que esperar a que mi padre dijera su último adiós para relatar los episodios de mi familia, pues él nunca gustó de dar detalles.

Decía siempre que no había salido nada bueno de la familia, para andar sacudiendo en los entresijos de los di-

funtos. Que no era de bien nacidos, pues que un viejo estigma atormentaba la existencia de mi padre desde niño.

Según mi madre, mi abuelo era un condenado a perpetuidad por un delito "horrendo" cometido en España. Y fue exiliado forzosamente a Cuba, de donde no podría regresar antes de transcurridos veinte años. Y aquella leyenda atormentó mi espíritu indomable, dirigiéndolo a la búsqueda de la verdad que hubiera detrás de aquel viejo estigma familiar.

Y aún a riesgo de no ser bien recibido en el infierno si había de dar pábulo a las palabras de mi padre, un día decidí embarcarme rumbo a mis orígenes, y que allá me rompieran la cara, si fuera necesario, por pagar las deudas que hubiera dejado mi abuelo. Y acepté la oferta de PEMEX.

Pues gozaba de una posición económica desahogada, pensé que habiendo sido rebelde cuando crío, no podía perder una fama que muchos disgustos me costó.

Y aunque ya son muchos los años que me han visto en España, comprendo que el empeño de relatar la vida de mis ancestros resultaría largo y tedioso si me remontara a la guerra de la Independencia –pongo por caso, como dicen acá–, porque en mi familia nunca hubo méritos dignos de merecer su paso a la posteridad, ni en tiempos del rey Fernando el "deseado", ni cuando lo de Franco.

Tampoco entre ambos episodios, la verdad, pero como es la historia que a mí me atañe, pues me van a perdonar ustedes, porque no quiero morirme sin contarla, por aquello de dejar un legado para la posteridad, que suena bonito y no cuesta tanto.

Aunque en mi caso sí que costará, porque esto de escribir no es mi fuerte. Estoy peleado con el estilo –ya habrán tenido ocasión de comprobarlo desde el principio–, porque lo de mi familia fue siempre una tradición oral, qué le vamos a hacer.

Y yo les cuento como a mí me lo contaron, sin adornos ni filigranas, porque tampoco hay para qué.

Lo que soy es un poco charlatán, que por el mismo precio no les cuento la historia de mi vida. Ni la de mis abuelos. ¡Qué va! Yo les cuento las sagas enteras por el mismo precio.

¡No me digan que no es un regalo!

Pues se me vayan animando porque hay tela que cortar. Que contar, que platicar, quiero decir. Que ya me ha traicionado el vocabulario y no hemos hecho más que empezar. Pero ya me excusé más arriba por la impericia, así que no se ande más.

Pues tomé tierra en Santander en el otoño del 78, como dicen ustedes acá; año de nuestro Señor, como todavía decimos allá.

Fue un otoño benigno, que se vivía con el impacto y la sospecha que produjo la muerte del Papa Juan Pablo I. No dio tiempo ni a aprendernos su nombre.

Eso es morir de éxito el día del estreno, y lo demás hacerse el remolón.

Pues pasé a ocuparme de la oficina comercial de PEMEX en Bilbao, que controlaría el tráfico de crudo rumbo a centroeuropa, y decidí permanecer en aquella preciosa tierra durante todo el invierno, por su clima suave y apacible.

Y también porque en ella debía rastrear el origen de mi abuela paterna.

Mi padre recordaba, que cuando crío atendía el "recado de escribir" que le solicitaba su madre para poner unas letras al abuelo de Santander.

¿El abuelo te abandonó, madre? ¿Cuándo se fue el abuelo? ¿Por qué se fue a Santander? ¿Es que no quería a mi padre? ¿Porque era un fugitivo? ¿Qué es un exiliado?

¡Cuantas preguntas haría mi padre, preguntas sin respuesta que a mi me alcanzara, y que alimentaban la leyenda que corría en torno a mi abuelo!

Tan sólo disponía de este dato en torno a mi abuela, doña Mª Eugenia Pérez de Valderrábano, cubana de nacimiento, aunque de alcurnia notable a juzgar por su apellido.

Una alcurnia española, sin ningún género de duda, que conocí por un trabajo de José Ignacio Ortega Cervigón para el Anuario de Estudios Medievales de 2007, titulado "Prestigio político y oficios reales".

Allí consta lo siguiente:

"*En 1475, los Reyes Católicos otorgan simultáneamente a Honorato de Mendoza y a Diego de Valderrábano, que ya lo era desde 1461,* "merçed que para en toda su vida sea montero mayor con quitación".

Las facultades del Montero mayor eran el mando y nombramiento de los monteros de montería y, presumiblemente, la jefatura –directa o delegada– de todos los demás monteros. También se ocupaba de la preparación de redes y otros aparejos precisos para las cacerías, como hacía ya Diego de Valderrábano en el reinado de Enrique IV, desde 1461.

Por lo demás, Valderrábano es un pequeño pueblo de la montaña palentina, próximo a Las Fuentes Carrionas, la Vega de Liébana y el Parque Nacional de los Picos de Europa, de apenas 100 habitantes.

Pura casualidad, pero esta rama de mi familia también tiraba al monte como la otra, que ya les contaré.

Mis pasos en torno a la abuela Mª Eugenia en el 78 terminaron en Comillas, delante de una mansión que había pasado de mano en varias ocasiones desde que el "indiano" regresara de Cuba en 1895.

Este "indiano" que resultaba ser mi bisabuelo, se llamaba Andrés. Andrés Pérez de Valderrábano, claro está, que se arrogaba un supuesto vizcondado del lugar.

No se conservaban datos en Comillas, sino de su partida de defunción, porque no había celebrado nuevos esponsales desde su regreso, ni existía dato alguno en los archivos parroquiales.

No tenía arraigo en el pueblo, aunque sí en la comarca.

En un pueblecito del valle de Iguña se conservaba memoria antigua de un Pérez de Valderrábano, que luchara del lado carlista, y del que nunca más se tuvieron noticias cuando fue instaurada la Primera República.

Había una casa solariega en el lugar, que tenía más de cien años certificados en el dintel de la puerta principal, y que alguien aseguraba pertenecer a mi antepasado –algún hermano de mi bisabuelo, quizás–, porque nadie oyó nunca hablar de otra familia tan noble en el pueblo. Y muerto mi antepasado, nadie más que se recuerde.

"*Unos de Bilbao la compraron y la arreglaron para "veranear", pero de eso hace más de veinte años, y nadie ha vuelto por aquí para hacerse cargo de la casa"*, me dijo un lugareño.

De mi bisabuelo, los carmelitas descalzos conservaban sus últimas voluntades, por haberles donado unas cuantas acciones de los Altos Hornos de Vizcaya, con la obligación de ocuparse de su sepelio conforme el rito católico.

Otro tanto de valores en Altos Hornos los legó a una hermana, que había casado en Oviedo con un Álvarez de Quirós, de Laviana, abogado.

Y el resto de su pequeña fortuna material se había consumido hasta el fallecimiento, ocurrido en febrero de 1924.

Para entonces, ya había vendido la mansión de Comillas a un poderoso industrial vizcaíno, manteniendo el usufructo sobre ella hasta el momento de su muerte.

El testamento disponía también de una detallada relación de los bienes que había dejado en Cuba, a disposición de su hija Mª Eugenia si algún día el dictador que había tomado las riendas de España, a la sazón D. Miguel Primo de Rivera, recuperaba la isla.

Cuantas disposiciones inútiles para perpetuar un apellido con lustre, al final de la vida.

En 1978, la mansión de Comillas era de propiedad municipal tras los avatares ocurridos al acabar la contienda civil.

II

El resto de mis antepasados había de buscarlos en la Vieja Castilla, adonde no me atreví a llegar hasta la primavera del año 79, habida cuenta de los hielos y las bajas temperaturas que sacudieron aquella inhóspita tierra durante el invierno, y a las que no estaba acostumbrado.

Tierra agreste y pobre, de gentes austeras en el semblante, en el vivir y en el pasar. El honor y la tierra como religión. Adustos en las maneras, pero capaces de las más altas gestas. Sus hombres insignes siempre tuvieron un reconocimiento humilde y postrero, si acaso lo tuvieron.

Pueblos situados en las más hondas páginas de la historia de España, viven de espaldas a las gestas más famosas, luchando y sufriendo por la tierra como antaño hicieran sus paisanos más ilustres.

Parece que las grandes batallas y conquistas no fueran con ellos, pero que si hay que hacerlas, se hacen cuando sea menester, y después otra vez a lo suyo, a lo de cada día.

Esta fue la sobrecogedora impresión que tuve en mi encuentro con Castilla.

Y rastrear por el pasado de mi familia no fue difícil, aunque los relatos fueran inconexos y escasos. Todo se rodeaba de leyendas sin confirmar, de misterios que no era posible desvelar.

La familia estaba muy dispersa. Algunos pasaron a la capital, otros a Valladolid, e incluso a Bilbao.

Lo que unos recordaban, los otros no. Muchos no habían vuelto a hablar desde hacía treinta o cuarenta años, pero todos apuntaban alguna faceta interesante del linaje. No faltaban rencillas y malquerencias entre ellos, a causa de esa honra mancillada con ocasión de aquel episodio anodino y estéril.

Pues vine a buscar una familia donde nunca existió, y me embargó un sentimiento de profunda tristeza y hondo pesar.

Habían pasado muchas penalidades, claro, pero eso no les unió. Cuando alcanzaban la edad de "ajustarse" como zagales, o de acarrear con el botijo en las obras, se acababa todo sentimiento de unidad familiar. Parecía el grito silente de "sálvese quien pueda". La dureza de la tierra, que llegaba también a los corazones.

Por estas razones, mi relato más parece una crónica de parajes y tierras, sembrados de hombres luchando con su amargo destino, a modo de novela, pues salvo escasos episodios que son reales, todo está entrelazado mediante las "leyendas".

Algunos reconocerán los lugares, y otros querrán ver detrás la historia de los suyos, porque la narración está repleta de anécdotas ocurridas a todos. Para todos ellos y para el que ya es mi pueblo, Almazán, mi gratitud por las horas de recuerdos compartidas, paseos por la orilla del río, cabrito frito y buen vino de la Ribera del Duero, ¡vive Dios!

Al principio, yo pensé que era mejor contarles al modo de las viejas coplas "de ciego", por aquello de resaltar los

episodios más relevantes para que la historia no perdiera en interés. Pero tampoco el método me venía bien, pues aquellos juglares de las miserias cotidianas de todo hacían sonetos. Y a mí, que no se me dan bien los pareados, ¡como para hacer un soneto!

Al final he decidido que yo les cuento, y ya haremos la digestión de críticas y denuestos. A mi edad, no me envía la vanidad, y quizás haga el recuento en el infierno, pues no espero vivir tanto como para sufrirlos en vida.

Pues bien, señores. Resulta que yo soy "montero". Como Don Diego de Valderrábano, como mi padre y mi abuelo –aunque nunca lo supieron– y mi bisabuelo.

Con el correr de los años, tuve la suerte de conocer en Madrid a Luís Molina, y a D. Ricardo Molina, casi centenario, quien fuera memoria viva del devenir cotidiano de los "monteros" en los primeros años del siglo XX.

Manuel, el padre de Luís Molina, había fallecido de un accidente laboral en una central eléctrica, cuando "había que levantar este país", devastado por la guerra civil.

Y me propongo, como ya tengo dicho, contarles la historia de esta recia saga de castellanos viejos, enjutos y austeros, curtidos por el sol y las penalidades, que torcían pronto el entrecejo al cacique de turno con el pitillo ladeado en la comisura de los labios, y que atendieron desde siempre por "monteros".

¿Qué por qué atendían al apodo? Pues porque el apodo es como la divisa, una cuestión de honor y de dar la vida por su causa.

Lo escribo así, dotando al término de la debida trascendencia, en desagravio de alguna mala prensa que ha tenido en el lugar con el paso del tiempo, precisamente por hacer causa de honor de cuestiones más o menos relevantes, pero sagradas para un castellano viejo.

Y lo escribo así también, porque todos tengan noticia de unos hombres vestidos por los pies, pues de otra forma

no los iba a conocer ni Dios, menos aún después de haber combatido del lado de la República cuando la guerra, que a todos estos se los tragó el manto de silencio de la historia, que arrasa con todo.

No es que tuvieran que exiliarse después de la guerra y que nadie los conservara en el recuerdo, ¡no! Si así fuera, ganaría mucho la historia, sin duda.

Y aunque hubo un poco de todo, mayormente tuvieron que aguantar el tipo en el "exilio interior", y no sé yo qué fue más duro de llevar. Porque ser rojo en la España de Franco, según decía D. Ricardo, no era para sufrirlo.

Pues como iba contando, y a decir de Luís Molina, en los pueblos de la Vieja Castilla se conocía a la gente a través del apodo, mucho antes y mejor que de cualquier otra forma.

¿Acaso cree que alguien recuerda el nombre de pila de los diez "tucanes"?, me decía Luís Molina. Pues no.

Y es que la denominación de origen que es el apodo, se etiquetaba desde la cuna.

Contaba el joven Luís, que cuando de pequeño iba a casa de su amigo Julito, la pregunta de su madre no era: ¿cómo te llamas, hijo? ¡Qué va!, no.

La pregunta siempre era otra: ¿Y tú de quién eres, majo?

Lo primero era conocer el "encaste".

Saber quién era la familia y de qué lado hizo la guerra era una cuestión trascendental. ¿A que parecía una pregunta inocente para un niño inocente?

Corría ya el año cincuenta y cuatro, pero en el "orden" social establecido era fundamental conocer quienes eran "las compañías" de los hijos. Y en ese plural gentilicio que suponía el apodo, le identificaban a uno y, a la vez, a todos los que hacían uno por medio del apodo.

Los “monteros”, rojos de toda la vida, todavía tuvieron que redimir penas por razón de la contienda, pero Luís Molina contestaba a la madre de su amigo con toda la inocencia de los pocos años:

—Del Manuel, el “montero”.

—¡Ah! ¡Cómo te pareces a tu padre!, contestaba ella. Por cierto, ¿qué tal está tu abuelo Pantaleón?

—Que no, señora. Que yo soy hijo del Manuel, el del Ricardo. Pero mi tío Pantaleón está bien, gracias.

Resulta que su abuelo D. Ricardo y su tío abuelo Pantaleón habían llamado de la misma forma a su primogénito: Manuel, como el bisabuelo; y de ahí la confusión de aquella mujer.

Era una costumbre sagrada aquello de reiterar en el tiempo los nombres de pila, como si no fuera suficiente con el apodo.

El padre de Luís rompió después esa costumbre cuando el nació, más que nada por romper con el pasado y con la guerra que le atormentaba, supongo.

—¡Ah! ¿Eres de la otra rama, entonces?, proseguía la madre del Julito.

“Si la curiosidad matara el hambre, no habían hecho falta las cartillas de racionamiento”, me decía Luís. Porque las cartillas de racionamiento habían desaparecido tan solo dos años atrás. En 1952.

—Que no señora. De los “monteros” de toda la vida, se apresuraba a contestar.

—¡Pues no caigo ahora en quién es tu padre, oye! Pero es igual, no puedes negar que eres “montero”.

—¡Qué voy a negar, señora!, terminaba irritándose el muchacho.

Pues al revés se lo tenía que haber dicho, que los apodos se llevaban a mucha honra, y uno siempre respondía

a su apodo, aunque se tratara del "putas", el "mellao" o el "tripero".

Los apodos son algo así como los encastes taurinos, un suponer, pero sin aludir a los cuernos, que el asunto merece tratarse con el respeto debido. La divisa, ¡ya digo!

En aquel pueblo, decir "montero" equivalía a decir, por ejemplo, "pablorromero". O sea: nobleza y bravura a partes iguales.

Pero a Luís, como es natural, le descentró bastante aquello de "la otra rama", que respondió aquella señora del episodio.

D. Ricardo Molina intuía la procedencia de aquella otra rama, pero no aportaba certezas.

—*"Nunca nos preocupamos de aquella otra rama"*, porque les aprovechaba lo mismo que el tío americano que le había salido a la vejez.

Recordaba muy vagamente, que de muy joven llegaban cartas hablando de un tío en América, pero su padre murió muy pronto, y aquel recuerdo se borró de su memoria para siempre.

Hasta que aparecí yo para refrescar aquellas breves noticias infantiles.

Me tomó mucho cariño D. Ricardo. No le nace a uno un "resobrino" todos los días.

Y el joven Luís Molina resultó ser el mejor acicate para profundizar en la familia con tesón.

Iba desgranando atropelladamente sus recuerdos infantiles en el pueblo, mientras yo grababa la charla con sumo cuidado.

—Un día que mi padre me llevaba de la mano, y que yo me andaba haciendo aguas menores por momentos, resulta que se paró en medio de la plaza con el Sr. Jesús, el "chistorra", y dale que te pego, no encontraban la forma de terminar de hablar.

Así que tuve que empeñarme a modo para soltar la mano de mi padre, y gritar al tiempo que lloraba:

—¡Que me tengo que ir a la pared de la iglesia! ¡Que me estoy meando!

—¡Qué "jodío" el chaval!, dijo el Sr. Jesús, el "chistorra". No niega la raza.

—Otro igual que la madre del Julito. ¡Y yo que iba a negar!

—Mi madre me contó después que lo de la raza era por mear en la pared de la iglesia. Que los "monteros" como Dios manda siempre habían sido "rojos" pero decentes, no anticlericales, que nunca quemaron iglesias ni conventos, que se sepa.

—Pero yo ya no soy "rojo", madre, porque ya he hecho la comunión.

Al menos eso había dicho D. Martín, el cura, que siempre decía la palabra de Dios.

—No, hijo. Ya no eres rojo. Un poco "colorao", "na" más.

—¿Y por qué somos "rojos" los monteros, madre?

—Pregúntaselo a tu abuelo.

Así se remataban entonces las conversaciones de madre a hijo.

Muchas preguntas como aquella se quedaban en el aire por entonces, pues algo así como un extraño sentimiento de culpa o de temor las dejaba dormir en el limbo.

Pero Luís Molina proseguía. Era un deleite contemplar cómo destapaba su fresca memoria. El ardor y la pasión que ponía en ello:

—El caso es que, al regresar de la iglesia cuando marras, le puse pucheros a mi padre, porque se había quedado tanto rato hablando con el Sr. Jesús.

—Es que somos "parientes", dijo mi padre. Y por cortesía, no puedo ahorrarle conversación.

—¿Qué clase de "parientes", padre? Porque el Sr. Jesús es un "chistorra" y nosotros "monteros" de toda la vida.

—Es una historia muy larga, hijo. De momento, sólo necesitas saber que se trata de un pariente.

—¿De la otra rama, padre?

—¿Quién te ha dicho a ti eso?

—La madre del Julito, que no te conoce, y piensa que eres de la otra rama. ¿No serás un "chistorra", verdad padre?

—No, hijo, no. No hagas caso de la gente, porque oye campanas y no siempre tocan a muerto.

—¿Y por qué tocan a muerto las campanas, padre?

—¡Uf! Anda, ve con tu abuelo.

—¡Ya estamos otra vez! También mi padre me dejaba con las campanas tocando, y otra vez con el abuelo.

No sabía qué quería decir mi padre con lo de las campanas, pero yo tenía claro que entre "montero" y "chistorra" la diferencia era como de lo blanco a lo negro. Ser "montero" era mucho más que ser "chistorra". ¡Dónde iba a parar!

El caso es que, después de hablar con mi madre otra vez, ya no tuve duda de que los de la otra rama no habían sido "rojos" precisamente, y que los habían "matao" en la guerra, porque cuando entonces las campanas habían tocado a muerto.

O a lo mejor era al revés: que los mataron precisamente por ser más "rojos" que los "monteros".

¡Y yo que iba a saber, si nunca me daban una respuesta clara!

Luís recordaba también con enorme cariño las charlas que mantenía cuando muchacho con su abuelo Ricardo:

—A mi abuelo Ricardo le gustaban los toros.

—Y a mí, hablar con mi abuelo Ricardo de cuando la guerra.

—Cuando contaba el episodio de la carga de los alemanes por el cerro de La Horca, yo estaba tan ensimismado que los veía, oiga. ¡Se lo juro por estas!, y cruzaba los dedos.

—Un año, el día de Reyes apareció en casa con un traje de torero. Con su capote, montera y estoque reglamentario.

—Aquel año sí que los Reyes Magos habían venido a casa.

—A las casas de los demás sólo se habían "asomao" por la ventana, decía el abuelo Ricardo.

Un día, mientras departíamos tranquilamente sobre lo del "encaste" del apodo, surgió la afición de D. Ricardo a los toros, y le pregunté si lo de "montero" resultaba ser el alias de un subalterno del Gallo o de Pepe Hillo, encargado de las "monteras".

Se rió mucho D. Ricardo, e hizo bromas sobre el tema, en el momento en que menos apreciábamos las bromas. Ya no era yo sólo. Su nieto Luís mostraba tanto o más interés que yo por conocer del asunto.

El hombre se percató de que no estábamos para bromas, y nos contó la "verdadera" historia del primer "montero". Dicho así, entrecomillado, porque tuve que adornar el relato para alcanzar cierta verosimilitud.

III

Pues resultó ser que los "monteros" no eran sino peritos de montes de cuando Isabel II: Guardas del Monte y del Estado se denominaban.

¡Ahí es nada! Miembro del muy noble, leal, abnegado y vigilante cuerpo de "guardabosques", a aquel abuelo lo aviaron rápido llamándole "montero". Estamos en 1866, para situarnos.

Buena fecha para empezar la historia, ¿no? Que ya dije que no íbamos a remontarnos al rey Fernando.

No era fácil entonces hacer carrera de funcionario, cuando aún no se había definido la función pública. ¡Que va!

Para empezar tuvo que pasar un examen. Tenía que dar lectura a un texto y "saber de cuentas". Tampoco le fue necesario nada más, porque aquel hombre siempre había "tirado al monte".

Pero era un sujeto "letrado" a pesar de los sobresaltos de las guerras carlistas, y por eso se hizo con el puesto.

Parece que tuvieron en casa a un juez de paz "a pupilo", que les enseñó lo poco o mucho que sabían los dos hermanos que eran.

Hasta entonces, los paisanos del abuelo trataban el monte como si fuera una gran despensa.

De él sacaban la madera para construir sus casas y calentarse, la carne de los animales y los frutos para alimentarse. Incluso la corteza de los árboles para teñir telas o curtir pieles.

El ganado vacuno y las caballerías pacían en el bosque en el verano, y en otoño recogían todos los hongos clasificados por la micología.

Y pues, llegó un momento en que si nadie ponía coto a los abusos, la cosa terminaría con el ecosistema.

Pero lo que de verdad celebraban del abuelo "montero" era el olfato, según relataba D. Ricardo.

—*Seguía el rastro del lobo, que ya hubiesen querido para sí las lobas*, decía. Y era un maestro tendiéndole trampas para conducirlo a lugar abierto siempre que se autorizaba una batida.

Bueno, tengan esto por un adorno literario del "montero".

Y es que el animal abundaba, y acechaba un día si y otro también a los rebaños de ovejas, que a más de un pastor lo declaró en quiebra, como si una tormenta de pedrisco le hubiera descargado en el cogote.

Parece ser también, a decir de D. Ricardo, que el primer "montero" era un hombre muy querido en todo el contorno.

En la cantina de la "Venta Vieja" siempre tenía una mesa a su disposición con una frasca en un lado.

Le ocupaba la tarde de los días de fiesta cualquier vecino que necesitara un "billete" para la novia, o la madre que quería ponerle unas letras al hijo que andaba a vueltas con la "Gloriosa" revolución.

Otro le preguntaba cuanta harina tenía que darle el molinero por las quince fanegas de trigo que llevaría ese mismo lunes, porque más tarde del lunes era ya imposible, según se venía el otoño y las lluvias.

Hasta el cura, cuando ya la vista no le acompañaba, recurría al abuelo "montero" para que redactara las "fes" de bautismo, que los mozos no se casaban si no bajaba del monte por San Juan.

Resulta que el abuelo tenía un chamizo en la linde del monte, allá en "la Requijada", donde había formado su hogar.

Distaba algunas leguas del pueblo, y cuando salía de "batida" subido al caballo (porque el cargo dispensaba un caballo en posesión que no en propiedad, lo mismo que la casa), tenía que sortear media provincia sobre poco mas o menos, y aparecía quince o veinte días después (o un mes, según se terciara la faena) por la otra punta del pueblo, de forma que siempre hacía un hueco en la "Venta Vieja" para atender los casos mas urgentes, antes de regresar a casa.

Mucho porfiaban los más, que si la mujer "recibía" en su ausencia, que si la otra semana el Valentín, el del Cubo, que si aquella vez fue el Clemente, el de Velacha.

Delante del "montero" aún se guardaban al principio, pero al cabo del tiempo por todas partes crecen las malas hierbas, y las noticias llegaron a sus oídos.

Pero el abuelo todo lo echaba al morral, y si a alguno se le escapaba la lengua delante de él, desenvainaba inmediatamente la "sacamantecas". Era de ver cómo se respiraba el silencio en presencia de la "sacamantecas" del abuelo. ¡Mucho respeto, vive Dios!

Sólo prestaba oídos al Julián, el tabernero, su mejor y más cabal amigo. Se acercaba al alféizar de la bodega y le tiraba de la lengua, según el caso.

—¿No hay nada que deba saber, Julián?